

La vereda de la locura

Ricardo Galván Téllez



Capítulo 1

La vereda de la locura

La verdad me había cansado de todo, de la vida, de la escuela, del trabajo, de los sueldos bajos, del estado de ánimo de la familia y su poca tolerancia al hecho de que uno ya no es un niño al que puedan controlar, creo que todos pasamos por eso, pero algo me pasaba, sentía que mi sentir no era normal, que todo me afectaba de sobremanera, que había llegado al límite.

Sali a recorrer las calles de la ciudad, de una ciudad que ya no me llenaba, de una ciudad infestada de gente que no se ocupaba más que de ellos mismos sin interesarse en la vida y necesidades de los demás, pero que tampoco dejaban vivir y ser ellos mismos a la demás gente, de una ciudad que más parecía que había una lucha por sobrevivir y ser mejor que el de al lado, solo por tener un mejor vehículo, vestimenta o incluso peinado. Recorría las calles sin querer prestar atención a las personas que pasaban a mi lado, llegue a un pequeño mercado cerca de mi casa, a un costado, cruzando la acera, se veían cintas policiacas, una ejecución más, seguramente, esta vida, ya está mandada al olvido, por ganar un poco más y de manera más "fácil" los jóvenes quieren entrar a la mafia, a los robos, la falta de educación, cobran vidas, y esto ya es todos los días, hoy aquí, mañana en la colonia aledaña, quizá ese mismo día cerca del centro un par de personas más, y solo hablando de los "ajustes de cuentas", que más decir de los robos, atracos, asaltos, secuestros, ya nada es seguro.

Este mundo ya no necesita un justiciero, necesitamos empezar de cero, educarnos, ser mejores, pero eso es un mundo utópico que lamentablemente está muy lejos.

Pase frente a la empresa donde trabajo, sentado en una computadora todo el día, y que, aunque no lo parezca y este aburrido de todo, me agrada, pero los sueldos, maldita sea, los sueldos están por los suelos, esto ya va más allá de la política, de los partidos, de las elecciones, va más allá de todo eso, la ambición por tener más de los empresarios cuesta mucho a nosotros, sus trabajadores, pero eso también está lejos de cambiar. Entonces ¿qué puedo hacer yo?, ¿Por qué me siento incapaz? Como si pudiera hacer algo al respecto, ¿Cómo hacen los demás para vivir

felices con eso? No lo entiendo.

He sido tantas cosas en mi vida, hijo, hermano mayor, hermano menor, sobrino, tío, amigo, enemigo, conocido, amante y traidor, he sido trabajador y vago, fumador y alcohólico, pero no logro encontrar mi lugar, he buscado por todos lados una razón para vivir, una bandera por la cual luchar, he buscado la paz y también he buscado la guerra, pero la única guerra que he encontrado ha sido la mental, nunca la paz, nunca la tolerancia, nunca un escenario donde descansar, vivir despreocupado, sentarme bajo un árbol, observar una costa, un río, ver los grandes prados, claro, también trabajar y vivir bien de mi trabajo, no tenerme que endeudar por tener un buen lugar donde descansar, un techo, pagar impuestos, es solo un sueño, vivir despreocupado de las nuevas reglas de la vida, ser verdaderamente libre.

Llegue al límite de la ciudad, empezando la carretera, no me había dado cuenta por estar pensando en estas cosas, que había empezado a llover, que había caminado tanto, no era tarde, así que decidí seguir caminando, me fui por un lado de la carretera norte que se alejaba poco a poco de la gran ciudad, al cabo de un rato, quizá unos 20 minutos, me percate de una pequeña vereda que iniciaba unos metros antes y que se internaba en el bosque. Me adentraba cada vez más al bosque, la humedad empezaba a molestarme, mis botas se llenaban de lodo, pero quería ver que había más allá, a donde conducía este misterioso camino que jamás había recorrido, parecía abandonado, como si por mucho tiempo nadie caminara por ahí, más adelante, me encontré con una pequeña cabaña, ya invadida por la naturaleza, me asome por las ventanas ya con los vidrios rotos, polvo, desorden y el cadáver de lo que parecía un perro, acostado, como si se hubiera quedado dormido para siempre a los pies del sillón de su viejo dueño, que al parecer nunca regresó. No había nada más irrelevante en aquel lugar, y ya no seguía el camino más allá, así que decidí regresar.

No cabe duda que esta vida ya no es una aventura, todo es monótono, sin emociones. Empezaba a clarear el cielo, decidí regresar a la ciudad por el mismo camino por donde había llegado, caminaba y caminaba, no veía otra cosa que no fuera una materia gris, bultos que caminaban a sus trabajos, o de vuelta a casa, sin esperanza, sin ganancia, sin vida, y en un escaparate de una tienda de antigüedades me vi reflejado, como ellos, una masa deforme que solo vagaba sin rumbo para curar un poco la soledad, y un poco la locura, y me quede viéndome, llorando, tumbado, mi reflejo, mientras yo permanecía de pie mirando el escaparate,

manifestando en el reflejo una escena donde me rompía a llorar, donde todos pasaban y a nadie le importaba, donde no importa nada ni nadie, gritaba, me arrancaba los cabellos, desesperado, y nada, solo seguían pasando sin prestarme atención, todos con su nube negra, todos con sus problemas, en esta triste y enigmática vereda de la locura.